

## *LO INTERNACIONAL ENTRE LOS ARABES: UN PROBLEMA CON CUATRO INCOGNITAS*

La complejidad de los problemas del Oriente Medio y el que de un día a otro—el lapso breve que alcanzan a llenar las agencias de prensa—ofrezcan tan rica gama de variedades, obliga a suponer que hay algo en esta región del mundo, peculiar y característico; que no acaba de percibirse si se observa con el mismo método empleado para la consideración y estudio de otros problemas de política internacional. El lector—aun aquel a quien su formación intelectual ha preparado para no asombrarse ante los rumbos inesperados que por mil razones toman los asuntos internacionales—no puede, sin más, aceptar como verosímil el desarrollo de unos acontecimientos de los que, al parecer, se halla la lógica totalmente ausente.

Dentro de la bipolaridad actual se concibe que por una razón más o menos sincera puedan alinearse en dos campos opuestos pueblos que todos supondrían sujetos a un aparente destino común.

Cabe la previsión filiatora cuando por razones históricas—resumiendo en este adjetivo toda la sustantividad de las diferencias—no sea una sorpresa la actitud de un país.

Puede entenderse incluso que el temor a un desamparo, el escarmiento, el desengaño o el interés decidan a un pueblo a alterar la elección de una bandera a la que sin el sentimiento motor, hubiera adoptado.

Es comprensible la actitud de los que adoptan la solución neutral. Postura de transparente claridad que no oculta una imposibilidad de actuar en el sentido de sus palabras ni de declarar un anticipo verbal que chocaría con actos futuros para los que no conserven la libertad de que aparentemente alardean.

Ninguno de los supuestos señalados en líneas anteriores puede aplicarse al caso que supone la política internacional de los pueblos llamados corrientemente árabes, de esa región que comúnmente se denomina Oriente Medio.

Partiendo siempre de la división bilateral del mundo político de hoy, los países son de filiación occidental o de filiación oriental—según un tipo de

clasificación—. Demócratas orgánicos o inorgánicos o demócratas populares—si nos atenemos a otro criterio calificador—. Pro o anticomunistas: no precisa ninguna aclaración.

En el caso de los pueblos árabes, de algunos al menos, lo curioso es que parecen no ser, al menos (el castellano permite el matiz) no estar, en el mismo mundo.

Con o sin Pacto de Bagdad, subsistiendo la Liga Árabe y las diferencias de regímenes, manteniéndose la existencia de lazos económicos que en otras latitudes serían omnipotentes, los árabes parecen dividirse en prooccidentales o antioccidentales, no en procomunistas o anticomunistas. Y sin que pueda—sería demasiado fácil—realizarse la identidad prooccidente igual a anti-comunismo y su lógica consecuencia antioccidente igual a procomunismo.

El comunismo—según declaraciones propias de los gobernantes—está excluido de sus programas. Contemos, además, con que estas declaraciones están apoyadas por los comentaristas occidentales al afirmar que la religión supone un freno indefectible para la propaganda comunista y sus efectos en Oriente.

La U. R. S. S.—como sujeto de política internacional—no es para los árabes más que el tan buscado tercer elemento del juego político internacional de nuestros días, en el que pueden apoyarse o con cuya alianza pueden amagar al entregarse al suyo propio que oscila entre el pro y el antioccidente.

De aquí que, cuando se estudian los problemas del Oriente Medio, es preciso determinar de antemano el campo y la intención de nuestro estudio. Inevitable si queremos eludir el error que sería examinar los datos con el propósito de saber si uno de estos países es un posible beligerante en la futura lucha entre el mundo anticomunista y el comunista y el resultado fuera—como es—encontrarse con que es anti-U. R. S. S. y anticomunista y al mismo tiempo antioccidental.

No es preciso mencionar nombres ni particularizar casos: es el mismo de todos y también lo que puede contribuir a despistar más a quien no adopte el Pacto de Bagdad—elemento a primera vista prooccidente—, pero que no es aliada efectiva de Siria, antes al contrario; el de Arabia Saudí, receptora de la doctrina Eisenhower en lo que de anticomunista y prooccidental tiene, pero que declara no permitirá una intervención occidental en un país que se ha declarado antioccidental como Siria; el de un Irak, que después de haber sido atacado como prooccidental por sus hermanos, envía a su primer ministro a Damasco.

En otras latitudes—Extremo Oriente o Extremo Occidente—el caso no se plantea. Cuando China se declara antioccidental puede tenerse la certidum-

bre de que en su vasto territorio se proclama una República popular, cuya voz sonará internacionalmente al unísono de las de sus rojos camaradas.

Cuando en Guatemala una revolución derribó al régimen comunista de Arbenz nadie dudaba que de ello sería consecuencia—como en efecto lo fué—la reanudación de relaciones con la España anticomunista y con los Estados Unidos de América. ¿Puede caber duda de que si—en pura hipótesis—un golpe de estado diera a los comunistas argentinos el poder en la República del Plata, se adoptaría el calificativo de popular y su voto se sumaría al de la U. R. S. S., Yugoslavia, Polonia y demás satélites?

Los observadores de la política internacional pueden especular con la evolución interna de los países comunistas, con el proceso de nacionalización y desestalinización. En el fondo y a última instancia no ignoran a qué bando ha de adscribirse al más desestalinizado y nacionalcomunista de los Estados rojos.

Incluso en el caso de Marruecos, país que habla árabe y profesa el Islam, no parece ofrecer duda de que hay una clara y definida diferencia entre la política interna, sus exigencias en una política internacional restringida (relaciones con Francia) y en una política internacional mundial.

Algo más dudoso es el caso de Túnez, en donde tampoco faltaron alusiones insospechadas a proporcionarse armas en el telón de acero y que suenan a medio orientales. Carmen Martín de la Escalera, en una nota en este mismo volumen, logra acertadamente explicarlo en función del problema Francia-Norteafricano.

Vemos y confirmamos, pues, que sólo en el caso de los países árabes no existe línea que separe lo político interno—de lo político interárabe—de lo político internacional restringido (relaciones particulares con Occidente) y de lo político universal.

Es decir, lo que en cualquier latitud es un problema con un máximo de dos incógnitas: lo nacional internacional y lo universal, a lo que hay que añadir a veces una tercera: lo internacional restringido, que puede ser relación de vecindad o con un Estado determinado, es entre los árabes problema de cuatro incógnitas.

He aquí esquemática, casi matemáticamente expresada, esa peculiaridad que no acaba de percibirse. He aquí también la razón de que no pueda resolverse un problema de política internacional sin conocer la cuarta incógnita, que es, precisamente, la de la política interárabe.

Entiéndase bien que lo que aquí llamamos política interárabe no es la relación entre los estados árabes: eso sería política regional y se confundiría

con la política internacional restringida. En este caso no habría más que tres incógnitas.

Al hablar de política interárabe no podemos evocar lo que aparentemente serían correspondencias lógicas: política intereuropea o interamericana. En Europa y en América, con acentuación más intensa en el viejo Continente, las relaciones de un estado con otro—aun cuando se trate de vecinos unidos por vínculos estrechísimos—entran de lleno en el ámbito internacional. Se trata de relaciones de pueblos definitivamente distintos con personalidad definida que, aun sabiéndose hermanos, actúan con plena conciencia de su personalidad.

La independencia política siguió en ellos a una plena cristalización jurídica de una nación formada. Hubo, pues, coincidencia entre Nación y Estado.

No se trata de comunidad de origen, ya que precisamente en el caso de Hispanoamérica podemos apreciar cómo la conciencia de un origen común puede ser compatible con la conciencia de su independiente personalidad.

La razón de la existencia de una cuarta incógnita en el mundo árabe no es más que la de ser éste un mundo con varios pueblos, varios estados y una sola nación.

No es preciso insistir en lo que consideramos repetido hasta la saciedad: que este conjunto de pueblos-Estados que constituyen el mundo árabe del Oriente Medio surgió de la descomposición del Imperio Otomano.

Quizá se haya insistido menos, en cambio, en aclarar que si bien todos los pueblos que permanecieron bajo el dominio del Sultán-Jalifa de Constantinopla o Estambul, existían antes de los turcos, y no puede hablarse de pueblos nuevos, su postura, su actitud cambió y se alteró en el transcurso del dominio turco.

Hemos empleado en otros trabajos el símil del despertar de los pueblos árabes aletargados bajo el Imperio de la Sublime Puerta. Siguiendo el sentido de la metáfora, pudiéramos decir que durante el sueño, aunque limitados, continuaron implacables las funciones orgánicas de estos pueblos dormidos. Cuando se despertaron, algo habían cambiado; tanto en ellos como en el mundo en el que despertaban.

Pueblos viejos, viejísimos, con problemas de todas sus épocas pasadas que volvieron a presentárseles y a actualizarse como en la realidad sucede con las preocupaciones que al dormirse se olvidan para recordarlas pasado el paréntesis del sueño; pueblos con conciencia de una personalidad propia distinta de los que en el mundo político ejercieron su representación, quisieron, en legítimo afán, alcanzar la plena independencia. Las circunstancias

de dos conflagraciones mundiales le otorgaron su deseo: fueron Estados independientes, pero, y esto es lo importante, al surgir a la vida que—y no sólo por respeto arcaizante—llamamos internacional, de relaciones entre naciones, lo hicieron sin que se hubiera producido la adecuación Nación-Estado.

Pronto, muy pronto, tuvieron incluso hasta su unión regional internacional: la Liga Árabe. Todo contribuyó a que, más y más, se fueran consolidando los nuevos Estados y pronto el mundo se olvidó de que, en su concierto, había quienes actuaban con pleno derecho, pues Estados eran, pero faltándoles la base nacional.

El mundo pudo olvidarlo; los interesados no. Así lo han dicho y con tal claridad que nuestra afirmación viene a ser perogrullesca descubierta de Mediterráneos. Egipto, Siria, han repetido en sus Constituciones que forman parte de la Nación árabe.

El que a cada Nación le corresponde un Estado, el tipo y la forma del mismo tienen escasa importancia, no es verdad objeto de estudio de política internacional. No es, sin embargo, impertinente, aquí, esta consideración, pues, el que una sola Nación, la árabe, actúe en el ecúmene como varios Estados plantea problemas de interés. Mejor dicho, plantea la cuarta incógnita del problema.

Caso distinto sería el que hubiese varias Naciones árabes. Algún día habremos de ocuparnos de este tema. Entonces desaparecería la cuarta incógnita y estaríamos ante pueblos hermanos como en el ejemplo citado de Hispanoamérica. Lo que hace al caso es que, según hemos visto y nos confirman los árabes mismos, hoy existe un irredentismo impreciso, de todos contra todos. Al crearse varios Estados formando parte de una sola Nación.

Cada uno de ellos actúa en lo internacional, teniendo en cuenta: primero, sus problemas internos; segundo, sus relaciones con los otros Estados con quienes más directamente se relacionan, a saber: los que fueron sus preceptores o tutores y sus vecinos geográficos y jurídicos; tercero, el ecúmene de las Naciones Unidas, y cuarto, las relaciones con el resto de los Estados en los que se halla dividida su Nación.

Cualquier problema concreto hay que empezar enfocándolo en su estudio por la resolución previa de esta cuarta incógnita. Ante la división comunista y anticomunista del mundo, los Estados normalmente observan, en principio, su situación interna: nivel de vida, división clasista de su sociedad, reparto de riqueza y poder. En segundo lugar, la situación de sus vecinos o aliados. De este examen y del juicio obtenido derivará su actitud internacional. Esto es elemental y no precisa ejemplos.

En cuanto se trate de un Estado árabe habrá que tener en cuenta, además, la respuesta a esta pregunta: ¿qué postura logrará adelantar más al Estado X en relación con los otros Estados árabes para la captación progresiva del resto de la Nación árabe?

No se trata de valores absolutos. Si así fuera, la lógica exigiría que cualquier Estado adoptara una actitud amistosa hacia quien diera más para asegurarse un apoyo firme y una alianza segura que le permitiera obtener la victoria.

Una victoria así obtenida sería estéril, y todos los Estados árabes lo saben. No se trata de conquistar a los demás Estados. Lo que la política interárabe de cualquier Estado árabe pretende es obtener la adhesión voluntaria del resto de la Nación árabe. Que ese Estado fracción se extienda sobre una totalidad de la Nación árabe que vea y consienta el que lo que fué fracción se convierta en adecuación de Estado y Nación.

En consecuencia, si con ello aparece como paladín de la causa árabe, no vacilará un Estado en denunciar una alianza que, aun siendo ventajosa a sus intereses internos y universales, puede perjudicar a sus intereses interárabes, buscando cualquier apoyo occidental. Del mismo modo, ningún Estado árabe aceptará la alianza con quien le obligue a actuar contra otro Estado árabe y esto, como vemos, no sólo por sentimiento fraterno, sino por temor a la pérdida de prestigio que ello acarrearía.

Ahora bien, si estos problemas interárabes son ya en sí difíciles, puede comprenderse el grado de complicación que supone su ascenso a la escala de lo universal.

En efecto, según se ha dicho, para obtener la aquiescencia del bloque árabe del Oriente Medio no se puede actuar por Estados aislados. Es preciso lograr la de la Nación dividida en Estados, pero obrando de tal suerte que se evite en la acción todo lo que involuntariamente pudiera crear una circunstancia que diera calidad de «defensor de lo árabe» a uno de los Estados, pues basta con esto para recaer en el problema de la división interna, ya adheridos a renunciar a su adhesión y procurar que no pase a otro lo lleno de suspicacias, que obligaría por razones políticas inteárabes a los que para sí desean.

Con el mismo exquisito cuidado ha de examinarse la aparente división de los Estados árabes o cualquiera de sus alianzas o grupos. Como en un caprichoso caleidoscopio veremos alterarse las figuras de sus cristales apenas roce la intervención o la mano extranjera.

Nada de lo que precede—¿es preciso decirlo?—nace de nuestra fanta-

sía. Es una realidad que han comprobado muchas veces las potencias que se han visto obligadas a empezar de nuevo no ya a cero, sino con el recuerdo negativo de actuaciones anteriores.

La circunstancia actual de la división bipolar tantas veces aludida, complica aún más la situación, ya que, como al principio dijimos, en su peculiar juego puede el mundo árabe—o al menos alguno de sus Estados—apoyarse en la U. R. S. S. allí donde Occidente falle. Hay, pues, juego activo de balanza.

Hoy Siria ocupa casi en exclusiva la actualidad. En política internacional se ha de examinar su caso y su problema. Como preliminar hemos creído conveniente esbozar someramente el planteo e insistimos en que, siendo Estado árabe, ha de hacerse teniendo en cuenta esta enigmática cuarta incógnita: ¿que ha de adelantar más a Siria en política interárabe? Con sus soluciones posibles: Occidente o la U. R. S. S.

Creemos que la actualidad de hoy puede repetirse y que aún será en un próximo futuro actual hablar de Siria. El balance sigue. Es difícil resolver en teoría un problema con cuatro incógnitas. En la práctica aún lo es más.

ALBERTO PASCUAL VILLAR

